

MERCEDES DE PABLOS  
Periodista y escritora

*Estos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos, aplanados, sin afeitar, sin lavar, cochinos, sucios, cansados, mordiéndose, hechos un asco, destrozados, son, sin embargo, no lo olvides nunca pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia; cada uno a su modo, a su manera, como han podido, sin que les importara su comodidad, su familia, su dinero. Estos que ves, españoles rotos, derrotados, hacinados, heridos, soñolientos, medio muertos, esperanzados todavía en escapar, son, no lo olvides, lo mejor del mundo. No es hermoso. Pero es lo mejor del mundo. No lo olvides nunca, hijo, no lo olvides».*

Esta es la memoria de hombres hermosos, aunque Max Aub en su *Campo de Almendros* los describiera con la crudeza de la derrota. Ni la derrota ni la humillación son bellas, pero esta es una historia bella porque es la historia de hombres buenos y no hay mayor belleza que la de la dignidad. **Y no hay bondad sin dignidad. La bondad nunca es pasiva, el infierno está lleno de maldad por omisión.**

Y además, permitan -la edad me protege- que lo diga: Pepe Romero es guapo. La jovencísima periodista que fui, recién llegada a Sevilla, tuvo una tremenda revelación: qué le pasaba a la izquierda andaluza que era tan guapa. Por qué los ojos azules de Rafael Escuredo, de Eduardo Saborido, de Alonso Balosa, de Pepe Romero. La izquierda de Andalucía tenía la mirada azul como el mejor Picasso. Era tan guapa como lo eran José de la Peña Cámara o Julián de Zulueta. Como debió serlo Julián Besteiro, como nos imaginamos a Giner de los Ríos, el hombre más ambicioso sobre la tierra. Ese que supo que no hay justicia sin igualdad y que no hay igualdad sin educación.

Esta es una bella historia de memoria. Sin rencor. Los hombres buenos no ajustan cuentas, pero tampoco tragan con cuentos de la vieja ni asusta niños. La Historia es un espejo que no admite retoques ni trucos de probador de tiendas de alta costura. **El hambre, los sabañones, el pan duro y las letrinas de Guadalcanal son la capilla Sixtina de nuestra dignidad.** La belleza es el

abuelo José que sabe llorar y la abuela Ana que no llora porque reserva las lágrimas como sal para los pucheros que alivian y acarician más que todos los abrazos. En las primeras páginas de estas memorias, que acaban cuando la democracia ya se yergue sobre sus dos piernas- en los años ochenta de aquello que Gabilondo llamó bendita y aburrida normalidad, después de los locos setenta, los esperanzados y convulsos y duros setenta- en estas primeras páginas, digo, hay un retrato emocionado de aquella mejor España que perdió, un retrato con la fuerza de *El Cuarto Estado*, el imponente lienzo de Giuseppe Pellizza que sirvió a Bertolucci para el cartel de su película *Novecento*. Hay también los surcos en la piel y en las manos y en los corazones de *Levantado del suelo*, la primera obra reconocida de José Saramago, el Nobel nieto de un hombre sabio que no sabía leer y al que el autor de este libro llevó a Jaén, a cerrar con sus palabras, que nunca son olvido, aquella cárcel en la que cumplieron condena tantos presos por la libertad.

Como Pepe Romero. Cliente de La Ranilla, como su padre, como su abuelo. Eso son blasones y no los que se han levantado desde la autarquía, el esclavismo, mirar hacia el otro lado en el mejor de los casos. **Esa es la heráldica de los príncipes de la única corte que admiramos.**

Confiesa que ha vivido pero confiesa, sobre todo, Pepe Romero que ha escrito estas páginas como homenaje a otras vidas y nosotros, que somos sus lectores y a veces hemos sido sus testigos, le damos las gracias por la generosidad, por la humildad, pero muy especialmente por la coherencia, esa mala costumbre suya de vivir como piensa para no terminar pensando como viven algunos. Y no miramos a nadie aunque se les vea tan bien...

Hay momentos en este libro que nos rompen como cuando a su madre le quitan el pan para su hermano, el poder persiguiendo los curruscos, mientras Pedro Chicote traficaba con sulfamidas en la barra de su bar, tan de postín en el franquismo y tan de moda luego en la desmemoriada transición. Mi padre era conservador, Pepe, pero jamás pisó ese bar donde él mismo dejó sus ahorros para salvar a mi abuela de una pulmonía. No hay dos Españas, Pepe, aunque hubo una decente y otra no, hubo una cobarde y medrosa y otra a la que solo le daba miedo perder la vergüenza. Ajustar cuentas es dar las gracias a los mejores. Esa es la única cuenta pendiente que piden los demócratas como tú.

Al nieto de Santiago, el ciclista, de casta le viene al galgo- que lejos de esas discusiones bizantinas entre si son galgos o podencos, propias de los que

hablan mucho y hacen poco, dicho sea de paso y como maldad personal que no van a encontrar en estas letras- ciclista él y ciclista sus hijos. Aunque aquí no aparezca, algunos periodistas recordamos cuando el consejero Romero apareció en un consejo de gobierno de Antequera en el coche oficial... de su bicicleta. La misma bicicleta, tal vez, que nos cuenta en el epílogo le sirvió para ir solo, sin comitiva ni fotógrafos a Mauthausen, para homenajear a los republicanos españoles que resistieron y ayudaron a resistir a los demás prisioneros del nazismo. A algunos el honor les va por dentro, como las procesiones de este santo laico, que es como le llama mi amiga Rosalía Gavira, que lo conoce bien y que pertenece también a esa casta, de honrados y morales socialistas, que no a la de ciclistas que nosotras somos más de terraza y de café. O lo que se tercié.

Ha querido Pepe en este libro hacer un reconocimiento al papel antifranquista del movimiento obrero, ha negado en nombre suyo y el de otros que la democracia la trajera la cigüeña o un rey o hasta los americanos. La democracia se estaba construyendo desde abajo, **desde manos humildes de derrotados que nunca se dieron por vencidos**. En los magníficos textos que le sirven de prólogo ya hay suficiente y muy valiosa aportación sobre la UGT, sobre lo que supuso su renacimiento, sobre cuál fue su papel y sobre sus tensiones, lógicas, con el partido que la reclamaba como un sindicato afín. Los hechos, los recuerdos, hasta las actas son muy útiles para que nadie se reinvente la historia y para que la podamos conocer desde quienes la vivieron. Sobre todo por el reconocimiento de algunas personas que ya no están o de otras que guardan un discreto anonimato. Emociona encontrar nombres propios y reconocidos aquí, **pero emocionan aún más todas esas mujeres y esos hombres que, desde las casas y los barrios hacían la resistencia más tenaz, la defensa de las ideas, la defensa de la libertad y la igualdad**. La cuestión no era libertad para qué, la terrible pregunta de Lenin, sino libertad para quién. Este Pepe Romero nuestro no deja de ser alumno de Fermín Salvochea, de Ventura Castelló, de Pi y Margall, librepensadores un poco anarquistas aunque muy disciplinados. Y siempre con fe en lo colectivo, en los demás. Más hijos de Engels que de Marx.

Aunque no hubiera leído El origen de la familia ni supiera que Marx escribió su tesis doctoral sobre Epicuro, Romero creció con el recuerdo orgulloso de su padre cuando, soldado de la República, se encontró en el Madrid sitiado por los fascistas, con los brigadistas internacionales, con Orwell, John Dos Passos, Aalto, Malraux, Hemingway y pensó que con ayuda tan alta la guerra

no estaba perdida. No contaba el joven andaluz, hijo de zapatero, nieto de campesinos, con que Italia y Alemania ensayaran su codicia en España ante la mirada pasiva de las democracias que miraron a otro lado... excepto algunos hombres buenos.

Sí, este libro podría haberse llamado también Algunos Hombres Buenos. O hambre de libertad. O sed de conocimiento. **En los recuerdos de la juventud, Romero nos rescata, y me parece del todo imprescindible, ese afán por el conocimiento de quienes se les había robado el derecho a saber.** No es casualidad que Romero nos evoque a Giner de los Ríos o a Besteiro, hay mucha Lengua de las mariposas, en esa idea de sociedad de derechos y libros, pan y libros de García Lorca. Antes de que convirtiéramos el saber en un becerro de oro para enmarcar en títulos, antes de que confundieran el ascensor social con el ascenso social en la cuenta corriente, le debemos la idea de educación a estas gentes que supieron siempre que la ignorancia favorece al poder y sobre todo nos priva de la belleza del conocimiento.

La cultura nunca es un trofeo, la cultura nunca es mirar por encima del hombro. Más en una tierra como la nuestra donde se hace música única sin corcheas, cuadros sin pinceles, teatro sin pisar un escenario. En una tierra donde hemos sabido saber tanto, una tierra que como bien supieron las vanguardias del 27, lo popular es la raíz más profunda desde la que crecer.

La cultura no es una muesca pretenciosa y altiva en el ojal. Hemos olvidado las escuelas y ahora nuestros jóvenes coleccionan másteres pagados a precio de oro porque les hemos vendido un becerro de oro. Hemos olvidado a los maestros para adorar a vanidosos que nunca serán Machado, aunque se lo sepan de memoria. Si no me explico busquen la página 154 y me entienden.

Pero no busquen rencor en estas páginas de este libro. Solo justicia y algún rastro para entender aquellos polvos y estos lodos. Los puntos sobre las íes son necesarios, **sin más acritud que la de la ortografía moral, la verdad y la gratitud con aquellos, muchos ya no están, que nos han ayudado a ser el país que somos.** Porque somos un gran país. Nuestra patria tiene rostro y nombres y derechos. Somos el país de Pepe Romero y de Pilar y de sus abuelos y sus padres, sus madres, somos el país de sus hijos y sus nietos, somos el país de las leyes de igualdad pioneras, somos el país del matrimonio igualitario y el derecho a la identidad sexual, el país donde caben los que creen en dios y los que no pero nunca los que usan su nombre en vano o contra nadie. Somos

el país que defiende la autonomía personal y colectiva. Que defiende la riqueza que se reparte. Que sabe que **tener no es ser, pero hay que tener un mínimo para ser con decencia**. Somos el país que no tiene miedo a la libertad y que sabe del arte de amar aunque no hayamos leído a Erich Fromm. Y leyéndolo también.

Somos en el mejor de los casos el país, la España, la Andalucía, la Sevilla el mundo que pepe Romero nos ha enseñado a construir.

Habrás que estar a su altura. Y darle las gracias por poner su hombro, por dejarnos su espalda. Él ha usado unos maravillosos versos de Luis Cernuda, del poema **Recuérdalo tú y recuérdalo a otros** para titular su libro, permite, querido Pepe, que yo evoque a Carlos Álvarez, un poeta antifranquista, de no buena fortuna pero que escribió para mí la poesía que mejor os retrata a quienes debemos tanto:

**Colocar un peldaño es lo importante/ acortar el peligro y la distancia/  
asomar ya los dedos como garfios/ por el alto pretil de la muralla/ y  
dejar que el esfuerzo del hermano / apoye su raíz en nuestra espalda.  
Que me crezca en el hombro el dolor de una pisada/ Aunque el mar no  
se acerque hasta mis ojos / alguien lo podrá ver desde mi espalda.**

Gracias. No te podemos defraudar.